

El ángel del manzano

www.elboomeran.com

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 75

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ CLIMENT

El ángel del manzano

Cartas a Félix de Azúa

© texto y fotos, José Antonio Martínez Climent

© de esta edición, Krk Ediciones

Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

ISBN: 978-84-8367-821-3

D.L.: AS-1372-2024

Grafinsa. Oviedo

El ángel del manzano

A Benito Freire

Estimado Azúa:

Espero que te encuentres bien al recibo de estas notas, que empiezo a escribir con los primeros rigores del año. Ha amanecido soleado y fresco, uno de esos días otoñales en los que es tan agradable caminar un largo trecho por el soto; puede que cruzar hasta el río o llegarse a las cuestas del páramo, escondidas a esta hora por la niebla. Confío en que eso también pueda hacerlo pronto. De momento, con la cajita de listones que empleo para sujetar este ordenador bien prieta en las rodillas, a su vez sobre un grueso almohadón, en la relativa incomodidad de mi camastro atiendo a los correos atrasados, que son pocos, y preparo las lecturas de hoy, que empiezan con divinidades del río Níger, algo sobre fabricación de hachas rituales paleolíticas y medio artículo sobre ondas gravitacionales.

En estos días de otoño, las moscas, gruesas y azuladas, vuelan poseídas de un estro suicida que las lleva a golpearse una y otra vez contra todas las cristalerías de la casa. Parece que se tratara de un macabro ritual cuyo origen y devoción desconozco. Alguna que otra viene a ejercer una sucinta libación en las miguitas de avena que han caído en mi solapa; otras, redundantes hasta lo incomprensible, se posan y se vuelven a posar sobre mis dedos. Como leer o anotar así es cosa de locura, con una hoja doblada improviso un mosqueador o espantamoscas, cuyo empleo me distrae todavía más de mis quehaceres. El faraón Pepi II espantaba de sí las moscas haciéndose acompañar por esclavos impregnados con miel. A falta de sirvientes, me levanto agriamente y deposito unas gotas en el suelo del pasillo, sobre un plato de metal, con la esperanza añadida de que Canelo, que siempre les tiene apetito, acabe por devorar a más de una. Pero apenas vuelvo a tumbarme y colocar el aparato sobre el grueso almohadón, tres negros moscardones me aterrizan en la frente. ¡Cuánto necesitaría en este oscuro trance la sabiduría de Dalí, su arte analítico y deforme para atraer a las saludables moscas del Ampur-

dán a la punta o antena de sus bigotes! Finalmente, por algún ensalmo climático o a causa de una orden divina, las moscas desaparecen de la habitación, dejando un silencio obstinado que sigue alterando mi tranquila costumbre. De pronto recuerdo el zumbido de las cuevas, el rumor de las tinajas, y así, en un momento, ese silencio denso se vuelve protector, y comienzo a escribir.

El tractor que laborea las cuestas y llanadas al otro lado del soto lleva meses patrullando el borde de mi finca, incesantemente recogiendo alpacas, vertiendo fertilizantes, roturando glebas. Cuando levanto la vista del papel agradezco su perenne compañía. En rigor, las cosechas concluyen bajo el signo de Virgo, cuando la Ascensión, pero el calor que domina esta época ha alterado los viejos calendarios, de modo que se me hace difícil estimar el tiempo canónico que nos presta la tierra por medio de ese tractor. Vuelvo ahora a centrarme en la tarea de escribir, pero al cabo oigo desde la cama el canto de unos afanosos carboneros yendo de un árbol a otro, de verja en verja, ocupados en sus labores de caza o de guerra. Una hermandad de estos pequeños goliardos ha tomado el fresno cercano a este cuarto,

en cuyas ramas, como arcos gigantescos, se balancean con gestos circenses cuya compleja construcción denota algo profundo y oscuro. Uno de ellos se desvía de la horda y asalta mi alféizar. ¿Será un príncipe Hal? ¿Acaso un Falstaff alegre y pendero? Viéndolos así, entregados a su ser en mi jardín, comprende uno un poco más los mandatos de la vieja Ananke, que con más o menos acierto intentamos cumplir en el jardín. No hace mucho leí que Andrés Trapiello igualmente atendía las urgencias y chirridos con que nos interpelan estas aves. Está en nosotros responder, buscando una consecuencia a cuya hondura no siempre alcanza nuestro idioma.

Así transcurre el *horologium* de esta mañana, que va dejando algunas sombras acortadas en paredes o fachadas, en los muros y en las puertas. Las sombras son escansiones sagradas del tiempo. Movido por estos pensamientos algo discursivos me doy cuenta de que aprieta la gazuza, y con un esfuerzo me levanto de la tumba para llegarme a la cocina en busca de algo de fruta, quizá una pizca de pan. Cerezas ya no quedan; tampoco melocotones o peras en sazón. Cojo una manzana, una galleta, medio vaso de Lucera. Pero, ay, son cerezas lo que exige mi manía:

*Quand nous en serons au temps des cerises
Et gai rossignol et merle moqueur
Seront tous en fête
Les belles auront la folie en tête
Et les amoureux du soleil au cœur*

y al no poder satisfacerla, todo me sabe ajeno e impropio; lo que es, se mire como se mire, de una absoluta ingratitud por mi parte. Más aún porque la escasez y lo menguante de nuestra hortícola de verano ha producido mucha carne esponjada o cavernosa y no poco sabor aguado, como de regón a última hora. Nos resarcí de esta magra cosecha, seguramente debida a lo cambiado del canon térmico y pluvial, una uva abundante y arisca que recogimos de las parras bordes, así como recibir de la tienda de Bajón unos melocotones sabrosos, perfumados, de los que, lo admito, he dado cuenta con escasa piedad. El *contrafactum* en el que Castilla comienza a vivir lo completó encontrar avellanas maduras en septiembre. Componían un triste bodega rodeado de hojas secas. Uno hubiese querido que cada cosa se amoldara a su tiempo y su costumbre, y cada fruto a su estación, pero esas formas

en cierto modo netas han quedado para ornamento de libros iluminados. Vaciar la vid en los cuévanos o descubrir a Juan de Francia releyendo salmos frente a la hoguera mientras la nieve cubre las copas y un arquero patrulla aterido la almena son formas que ahora no encuentran fácil acomodo. Por Campbell, Frazer, Spengler, Heidegger, Eurípides o Eliade sabemos que tales grandes cambios imponen mudanzas acordes en el ser. Si bien resulta difícil prever su alcance y dirección, es posible adivinar que la desaparición o anulación de un contrapeso elúsico fortificará todavía más el mundo técnico, cuyo efecto apenas hemos comenzado a notar.

Sería oportuno nombrar aquí la descomposición del calendario migratorio de no pocas aves, que nos sorprenden con su presencia mientras se las piensa en sus cuarteles africanos o nortños. Así las águilas calzadas, que el año pasado llegaron en una primavera comenzada por la Candelaria; o las culebreras, que se dejaban ver bien altas en el cielo mucho antes del verano, en días incluso con nieve; e igualmente todo el catálogo de pequeños cantores cuyo complejo vocerío empezamos a no reconocer. La acumulación de estas pequeñas visiones apocalípti-

cas invita a tomarse en serio los presagios que otros llaman datos, siquiera por un principio de prudencia cuya formulación no exige que sea la mano del hombre la que guíe estas formidables mudanzas.

Pese a todo, aún podemos disfrutar en mi jardín de formas estables y bellas. Así las que componen las veloces oropéndolas cuando atraviesan quebrando la arboleda; o los magníficos azores, cuando, en las tardes de verano, circlean en lo alto proclamando el señorío de bosquetes, veredas y sembrados; o las que nos ofrecen los ruiseñores cuando, en las noches calurosas, urden encantadores melismas desde el fondo de los setos:

*Quant li rosignols s'escrïe, qui nos desduit de son
chant*

*Por ma bele a dolce mie, vois mon coeuer rosigno-
lant.*

También nos hechiza la llegada de los primeros martinetes, que siguen la vía monacal del río o de la sirga en sus largos peregrinajes, o el mezclado croar de las ranas que sube a nuestra casa desde la densa junquera. ¡Cuán lejos está esa charca de aquella pre-

decesora romana que, cegada por la hierba y la malaria, recibía por nombre *infamibus locis vaticanis!*

Uno va componiendo así el tiempo que le es dado vivir, que, se mire como se mire, siempre me parecerá poco. Una cuota que desde hace cinco años vivo en la relativa soledad de esta finca, al amparo y al acecho de todos sus tesoros, rodeado por mis libros, en compañía de mi esposa y de mi perro, y, en no pocas ocasiones, bendita por la llegada de mis amigos. No oculto que esta prolongada soledad va estarciendo en mi ánimo algunas formas o costumbres alejadas de los usos metropolitanos, algo rudas aunque no maleducadas, firmes en cualquiera de los casos. No me quejo en absoluto: al fin y al cabo, la palabra con la que comienza la literatura no es otra que «manía». Y no se olvide que una cierta misantropía fue la sabiduría de Tiberio en Capri.

Debo dejarte por hoy, pues es la hora de cenar. Como siempre, apenas algo de pan y su debido companaje, o un *yogourt* cuajado de grumos. Al decir «hora» me refiero al dial que marcan las sombras sobre el brezo, cuyo moroso tránsito atiendo cuando estoy en la cocina y he de cuidar la hechura de algún guiso. Sabes que un reloj altera el tiempo,

pero que, con algo de esfuerzo, es posible la vía contraria: a su paso por el ejército británico, Robert Graves fue excusado de llevarlo porque «su magnetismo alteraba el curso natural de las agujas».

Pues que así sea.

Con afecto,

J